COPIA DE UNA CARTA, QUE ESCRIBIO A una Señora con titulo de Raſgo breve de la Vida, y muerte de Doña Maria Mexìa, conocida en Cordoba por la Hermana Maria, Don Juan de Carmona Moreno, Rector perpetuo de la Parroquial de Señor San Andrès de la Ciudad de Cordoba ſu Confeſſor los ultimos diez y ocho años de ſu vida.

MUY SEñORA MIA:



N EL MES DE ENERO DE 1676 NACIO en la Ciudad de Granada Doña Maria Mexìa, y Morillo, hija de D. Juan Mexìa de Aguirre, y de Doña Iſabèl de Morillo ſu Muger: fuè baptizada en el Sagrario de ſu Metropolitana Igleſia, y anuncio, y fomento de las virtuoſas inclinaciones de la hija la chriſtiana educacion de ſus honeſtos Padres: Apenas ſe viſlumbrò oriente en ſu alma el lucero de el racional inſtinto, quando puſo la mira en Dios con amor como à ſu principio, y con temor como à ſu fin. Aſsi aplicada à la labor, y haciendas caſeras proprias de ſu oficioſo genio, rara vez ſe divirtiò à puerilidades: ſiendo la mayor haver jugado con otras niñas *à las Viſitas*, y eſto fuè toda ſu vida lo que reconociò mas grave, y le hizo mas peſo à la limpieza de ſu corazon. Ayunò deſde que tubo uſo de razon haſta los cinquenta años de edad, que ſe lo prohibiò por ſus graves padeceres ſu Confeſſor: ſiendo muchiſsimos los de pan, y agua; no pocos los de quarenta y ocho, y ſeſenta horas, y de veinte y quatro à veinte y quatro por el eſpacio de ſeis años. De ocho le permitieron comulgar los Confeſſores. A los nueve reſolviò entregar à ſervidumbre ſu cuerpo entre cilicios, y rigoroſas como frequentes diſciplinas: tomando dos todos los Viernes, una con torcidos de cañamo, y otra de ramal de hierro, y cada una el eſpacio de treinta y tres Credos.

Siendo yà de doce años, un dia, en que ſe conſagrò un Señor Arzobiſpo de Granada (que muriò à poco) y eſtaba recogida conſiderando quanto crecen los lirios de la penitencia en el Erial candido de la caſtidad, *viò dentro de sì un niño veſtido de blanco*, y oyò, que le decia: *Haz*

voto: fuè esto en el Convento, è Iglesia de Padres de la Santissima Trinidad, y esperando à su Confessor el P. Fr. Thomàs de la Torre: Diòle cuenta de lo que acavaba de vèr, y oìr, y entreteniendola nueve dias con continua Oracion, y exercicios penales, le permitiò, que hiciesse voto perpetuo de castidad à el decimo, que fuè dia de la Ascension de el Señor de el año de 1688.

Aligada yà à las dulces prisiones de Comunion frequente, y Voto, se echò à correr (con el freno de la obediencia) los asperos caminos de la penitencia: vistiòse de cilicio: Hizo su estrado, y lecho el desnudo suelo por el espacio de ocho años, y por el de quatro arbitrò severa, que los cardenos lirios de su carne azotados de el rigido brio de su santo enojo siempre se desabrochassen, y convirtiessen en purpureos carmines, ò cruentos raudales.

Cumplia assi los diez y seis años de su edad, y como no ay mas segura, y acorde correspondencia para establecer singulares amistades entre Dios, y el hombre, que abrazar este la penitencia, para que la mano de Dios le toque, y exercite, tomò el Señor à su cargo penitenciarla. En los regulares oficios domesticos sentada, en pies, labando, ò guisando, caìa, y rodaba sobre el suelo, piedras, trastes, ò fogones, desuerte, que por muchos años no se viò libre de descalabros, ò quemaduras. Por seis fuè exercitada con una tan prolixa, y penosa lepra, que no bastò humana diligencia, para que en todos ellos se apocasse, ni dexasse de estar todo su cuerpo ardido de la comezon, y su cutis arado con ronchas, y levantes: siendo admirable, que en todo este tiempo no se pegasse un piojo à persona alguna de las bastantes, que componian la familia, y cuidaban de assearla.

Tenia una amiga de muy buena vida, pero en dictamen de los Doctos de Granada, posseìda, y exercitada por Legiones de Diablos: condolida de su amiga, y de los detrimentos, que se ocasionaban con su padecer à su marido, y familia, llena de charidad pidiò à Dios, que libertasse de este exercicio à su amiga en cuyo lugar se subrrogaria. Fuè oìda, y por quince años estubo energumena, y exercitada continuamente por el Demonio, yà arrastrandola por su casa, calles, y Templos; yà arrancandole à liñuelos el pelo, yà azotandola hasta dexarle su cuerpo denegrido, yà arrojandola de ventanas, y balcones à el suelo, quedando libre unas, y otras veces mal herida, y yà poniendosele delante infernales spectros amenazandola con espantosos ademanes. En este tiempo havia en Granada otro declarado famoso energumeno, y estando un dia à la mesa con su familia, se levantò, y disparò de ella diciendo: *Yá vienen mis compañeros*, y era, que passaba (pero sin ruido) dicho exercitado.

Este

Este tan exquisito, como prolixo exercicio, fuelo en aquellos años de los Varones doctos, y virtuosos de Granada, à los que fuè remitida nuestra Hermana por el P.Fr. Christoval de Espinosa de el Orden de Predicadores entonces yà su Confessor, los que unanimes, y admirados confessaron, que solo Dios es quien pesa los Espiritus, y que no ay quien sea su Consejero.

Assi summamente debil, extenuada, y derribada (como decia) de un soplo la Sierva de Dios, passaba su juventud, siendo admiracion de Granada, quando dispuso Dios llevarla à ser exemplo de Alcalà la Real, con la ocasion de passar à ser Alcalde Mayor de ella Don Antonio Gomez de el Castillo, marido de Doña Cecilia Mexìa, hermana de la nuestra, y à quien mirò siempre el dicho como à reliquia, y estribo de su crecida familia. Eligiò por su Confessor à el P. Fr. Ignacio de Saavedra de el Orden de Terceros de Penitencia, el que aunque por la cercanìa à Granada tenia algunas noticias, se admirò mas, quando la tratò mas de cerca. Subieron tan de punto los rabiosos tratamientos de los Demonios, que se llegò à vèr hasta donde permite Dios à Satanàs, quando dexa en sus manos à algun amigo suyo: Porque como otro Job consumpta por no dexarla comer, ni beber en quatro, y mas dias, abofeteada, llena de espantosos oprobrios, escarnificadas sus mexillas, y orejas, traspassados sus miembros, y articulaciones de agudissimos dolores, y como que le desasìan las entrañas, y riñones, parece, que los Ministros infernales saciaban su implacable saña contra los temerosos de Dios en el cuerpo de nuestra Virgen.

A su alma si tubo singular respeto, porque la vislumbraba no junto à Dios, con lo que se contentaba Job, sino posseìda, y manutenida de Dios para atender à las haciendas domesticas, tener siempre su divina presencia, meditar, orar, y sufrir. Assombrado el Rmo. Saavedra de la fiereza pertinàz de el Infierno, y de la incontrastable paciencia de la Hermana diò cuenta de este prodigio à el Illmo. Señor Don Diego Castèll, Abad de aquella Ciudad, y uno de los mas profundos Theologos de este Siglo: Hizo llamarla à sì, la examinò, la probò, y compadecido, encargando à muchas personas devotas, y Religiosas ruegos continuos à Dios por el alivio, ò sanidad de la enferma, y à esta nuevos, y rigorosos exercicios, encomendò à dicho P. Saavedra, que la exorcizasse, como en efecto, corridos pocos dias, lo practicò en su Convento de Padres Terceros ante varias, doctas, y honestas personas, quedando desde entonces, y en el resto de su vida sin la penalidad de tan continuos exteriores malos tratamientos, y extorsiones; pero no sin los interiores, que le duraron continuos (à mas, ò menos graves) todo el tiempo que viviò.

Diò

Diòle Dios por ſeñal de eſta merced vèr à ſu Santiſsima Madre con el Titulo de Conſolacion (ante cuyo Altar ſe practicaron los exorciſmos) deſpedir toda en circuito ſingulares, y fulgentiſsimos rayos, con lo que quedò tan aliviada, como confortada.

Libres yà ſus miembros de ſer calabozo incompetente de infernales reos, herido ſu corazon amante con el golpe de el agradecimiento, ſe levantò veloz como el Apoſtol San Pedro, y oyendo la voz: *ſigueme*, que oyò el Santo Padre, como ſin tino por acertar mas apriſa, no ſupo, que hacer, ſino hacer lo que ſabìa, que era ſalir de sì en buſca de ſu bienhechor Dios: Bien, que eſto era lo que de ella queria ſu amado: Pues à pocos dias de eſte ſuceſſo, dando gracias deſpues de comulgar, ardida en eſtas meditaciones ante dicho Altar de nueſtra Señora de Conſolacion, oyò ſu corazon eſta voz clara: *Sal de ti, y eſtaràs mas cerca de mi.*

Como los amigos oyen, paciente yà, conſtante, y victorioſa no tubo que hacer ſino deſpojada de ſu terrena tunica, intimarſe mas à Dios. Yà ſabìa por la experiencia, que la meditacion, y oracion es la que anida, è interna las almas en los retretes de Dios. Y como deſde que tubo uſo de razon gaſtò cada dia à el menos dos horas en orar: como en ſu continuo recogimiento havia tratado à Dios yà como Padre, yà como Redemptor, yà como Eſpoſo, y oìdo entre eſtos ſilencios ſus ſilvos, y correſpondencias: como yà en Granada, y Convento de la Santiſsima Trinidad, ſoſſegadas, pero no perdidas ſus potencias, cayò en un amortecimiento tal, que fuè neceſſario llevarla en una ſilla à ſu caſa, y le durò treinta horas: como yà le daba à la garganta el agua de la gracia, y yà ſabìa, que coſa era agonizar, y deleytarſe, como lo ſabe el que con la candela en la mano muere muerte, porque anſia: como en fin yà eſtaba tan purgada, y querida, como deſprendida de todo, y amante ſolo de ſu Eſpoſo Jeſus:

A el oìr: *Sal de ti, y eſtaràs mas cerca de mi*, qual Mariposa vacilante, que rodea de noche la luz, y no ſe quieta haſta que el ardor la atrae, y la llama la convierte en sì, la uniò à sì Dios, y puſola en ſu ardentiſsimo corazon para premiar las actividades de ſu entendimiento, y voluntad. Desfallecida alli miſmo ſintiò un exceſivo deleyte, y recobrada ſaliò deshecha, y muerta à el mundo para mejor, y mas cerca eſtar de Dios. Deſde entonces le nauſeaban mas las politicas, y viſitas impertinentes, y ſolo daba partido à converſaciones exemplares, ò eſpirituales. Iba, tres años que viviò en Almerìa, otra vez en Granada, y los veinte y tres años, que pisò las calles de eſta Ciudad à viſitar algun enfermo, ò à perſona diſtinguida, que la inſtaba à que ſe deſayunaſſe en ſu caſa, ò à ſer Madrina de muchos, que ſe perſuadian, tendrian ſus hijos exem-

plo,

plo, que imitar, y oraciones en que confiar; pero con graciosa politica abreviaba el rato para buscar, ò no perder à Dios en su retiro. La visitaron, y fuè amiga, y visitò à muchas de las principales Señoras, y casas de esta Ciudad, dandole el primer lugar, y atencion en sus Estrados, y algunas veces (muy rogada) en sus mesas; pero no solo cerrò las puertas à la vanidad, sino que estaba su corazon quando la atendian, en la misma disposicion, que si la ultrajàran, y quando salia de esta indiferencia, era para extraer de estas honras fundamentos para humillarse mas.

Fuè la mas distinguida en atenderla, quererla, y assistirla la Señora Doña Maria de las Angustias, Rosal, y Roxas, Marquesa entonces de Santa-Ella, y Esposa oy de el Illmo. Señor Don Francisco Joseph de las Infantas: Admitia su Coche, y frequente trato, no solo por tantos titulos de agradecimiento, sino porque la prudente Señora como comprehensora de el gusto de su estimada, le concedia el tiempo, que queria para el retiro, y Oratorio. *Mi niña* llamò siempre à esta Señora para explicar quanto la amaba; no siendo menos lo que mereciò, y estimò à el Marquès su Marido, en cuya improvisa muerte, y cuidados, que por ella sobrevinieron, no fuè poco lo que alentò, y confortò para las confianzas en Dios, que oidas de su boca con tanta fee, serenaron tribulaciones, y han demonstrado quien es Dios para los que le confian, y quien es para los que no confundidos le invocan.

En este trato con las criaturas fuè donde mas resplandeciò la poderosa gracia de Dios esmerada en singularizar à su Sierva. No era extraño el caso, y amortecimiento, que apuntamos en el Convento de la Santissima Trinidad de Granada: No, que en la misma Ciudad, y Domingo de Carnestolendas estuviesse ante Dios Sacramentado tres horas, y media en otro semejante, en el que viò à el Patriarcha Santo Domingo de Guzmàn, segun assegurò restituida de èl à el P. Fr. Christoval de Espinosa, quando mirando la Imagen de el Santo le dixo muy alegre: *Aquel es à quien he visto, y me alienta à padecer*: No, que en el espacio de treinta y tres, y mas años, en su retiro, y oracion gastasse, y estuviesse à el menos tres horas en Cruz cada dia: siendo frequente en muchissimos estarlo cinco, y seis, y muchissimas veces siete horas continuadas: No finalmente, que en tan frequente exercicio de meditacion, y contemplacion, yà confundida en sì misma, yà compadecida con Christo en su Columna, y Ecce Homo (que eran los mysterios, que mas executaban su imaginacion) yà volando à Dios, y mantenida de su amabilidad se arrebatasse, y manutuviesse en felicissima, y extraordinaria suspension: Pues llevada la muger à el desierto, y soledad, presto se familiariza, y no vive sino de la vida de su Dios.

Lo que fuè extraño, y se notò por tal en los quarenta y ocho años ultimos de su vida, era el que en presencia de las criaturas, hablando con el proximo, amigo, ò domestico, ò callando, y muchas veces comiendo, unas, desfalleciendo poco à poco la maquina de los corporales sentidos, y miembros, se quedaba tan profundamente lethargica, que sin percebirsele la respiracion, no havia voces, ni movimientos, que la restituyessen, ni mortificaciones, que la despavilassen: teniendo muchas veces, que esto le sobrevino alimentandose, el bocado detenido en la boca cinco, y seis horas, y muchas, que la femenil curiosidad la taladrò con puntas de alfileres, no consiguiò, que diesse la menor seña de sensible.

Otras (y à tiempos frequentissimas) ò bien en silencio, ò bien tocandole de alguna culpa cometida contra Dios, de la afliccion de algun proximo, de el buen obrar de otro, ò (y entonces era mas regular) de la passion, y amor de Christo, prerrogativas de su Santissima Madre, ò excelencias de algun Santo, se le extendian con impetu, y violencia sus encogidos, y debiles brazos, y piernas: y puestos aquellos en forma de Cruz, se conservaba en esta constitucion quartos de hora, y medias horas, la que no podia manejarse para cobijarse un manto, para sostener una taza, ni aun (en estos dos ultimos años) para llevar el bocado à la boca: se mudaba de color, y abriendo en toda su extension los ojos, los mantenia sin parpadear todo el tiempo que duraba puesta en Cruz; pero con tal firmeza, que no bastaban regulares fuerzas para doblarle los brazos. Quedaba tan descoyuntado, y desfallecido su cuerpo, que confessaba, *no sabia si havia de serle mas fatigoso el espirar*, y tan desatinada, y absorta como *quando á uno le dan de repente una noticia de extremo pesar*; pero prevenia, que esto era para explicar su desatino, y la velocidad, conque su alma, corazon, y cuerpo *se movian*, *como si le dispararan una vala*, no para quexarse de lo excesivo de este padecer: pues aunque era tanto su desconsuelo teniendo presente su ingratitud, y la de las criaturas para con Dios, que la ponian en trances de morir, quedaba por otra parte tan consolada, y fortalecida su alma, que le parecia nada morir de aquel modo mil veces por morir à el mundo, vivir para su Criador, y porque las criaturas no le ofendiessen mas.

Assi en las dos alas de amor à Dios, y amor à el proximo, volaba impetuosamente la Sierva de Dios à su desierto, ò lugar preparado, que era el Corazon de Christo, quien la sustentaba aquel tiempo, tiempos, y mitad de tiempo, que sabe el Mistico: Siendo no poco admirable (pero consiguiente) que oìa hablar, pero no entendia lo que hablaban los presentes: llamada procuraba responder, y à el fin respondia, siendo

aun

aun mas profundos los acaecimientos, y triunfos, que la obediencia consiguiò en estos frequentes impetus, los que no se refieren, porque resiste à la brevedad de este Rasgo surcar los abysmos, en que Dios engolfa à sus amados.

Esta continua presencia de Dios, esta velòz, è impetuosa avenida de su beneplacito, y esta presta correspondencia, que à el cesar en lo que mortificaba, y vivificaba, dexaba su alma mas reconocida de su miseria, mas desasida de todo lo temporal, mas despegada de el gusto, que sin buscar hallaba entre las acervidades de estas dulces penas; y finalmente, esta resignacion, y aun eficàz deseo de *estrecharse* (decìa) *con la Cruz desnuda*, fuè aun ocasion de mas cruel padecer.

Tomò à su cuenta el infernàl Dragòn volver à la casa, que tantos años havia posseìdo, y envidioso, y ossado empeorarla, poniendo asechanzas à su alma, y desposseerla de Dios. Pusose delante de esta Muger, commoviendole la imaginatiba, para que se persuadiesse, que todo quanto le sucedia, era ficcion suya, y todo ilusion, para que la tuvieran por buena; pero que ni ella lo era, ni Dios era misericordioso con los hipocritas, ni en su vida havia obrado cosa, que le agradasse, recordandole à este tiempo aquellos juegos (que se dixo) de la niñèz con tanta avilantèz, y obscenidad, que frequentemente prorrumpia en sollozos, y gritos repitiendo: *Yo no quiero pecar, yo no quiero pecar*. Otras veces à el ir à el primer exercicio de la Oracion (que siempre fuè de madrugada) yà de rodillas, ò incorporada en la cama, quando se impidiò, se le presentaban à su imaginacion visibles infernales spectros, figurandole deshonestidades, sacando la lengua, diciendole oprobrios, y sobre todo, representandole imposible su salvacion.

En esta lucha cerraba el puño, clavandose las uñas, desuerte, que taladraba las palmas. Y aunque por la misericordia de Dios no la dexaba confundir su esperanza, resultaba luego por muchos dias tan atormentada, è invadida de esta tentacion, que en llegando à comunicar, ò confessar Sacramentalmente, lloraba desconsolada, no pudiendo componer, saber que merecia mil infiernos, con la precision de creer, como creìa, que debia esperar en Dios, y que no era imposible salvarse.

Sobre el solido de temor, confianza, penar, resignacion, y amor tan continuo à Dios, parece escusado decir, que velò en las demàs virtudes. Fuè singular en el amor à el proximo: enfermaba con los enfermos, desuerte, que ellos sanaban, y la Sierva de Dios mas se gravaba, y padecia: Acreditalo el caso de Granada, y confirmanlo amontonadas deposiciones de honestas personas, y observaciones mias. Nada le heria mas, que entender, que era Dios ofendido por sus pro-

proximos, y assi gastaba largos ratos en registrar los hijos de la Iglesia, los errores de los Hereges, los Reynos de los Pagànos, y como otro San Fructuoso, clamar para todos por luz de fee, y de doctrina.

Jamàs conociò, ni distinguiò monedas, ni usò llave para su poca ropa: solo à el rincon de su cabezera tenia un cestillo, en que siempre que comìa, precisamente reservaba algo, que dar luego à algun pobre.

Se la comìa el zelo de la honestidad, y buen exemplo, y assi uno de sus pecados en todas las confessiones, era haver dicho con enojo, que eran unos locos, y unas locas los que se entregaban à modas, ò profanidades, y los que concurrian à festines, y delicias mundanas.

Quien tolerò oprobrios de los Demonios, constante estarìa para los de los hombres: sus primeros Confessores la tantearon, y dieron à probar varias veces su humildad, y presto los hacìa callar, porque à ninguno desmentia. Unas Carnestolendas en Cordoba à la puerta de Baeza la embistieron descobijandola, desafeandola, y tirandola naranjas, y entrò en Madre de Dios celebrando los niños.

No huviera sido tan espiritual, y de Dios, si no huviera sido tan ansiosa de su divinissimo Cuerpo, y tan temerosa à el recebirle; pero le costeò la divina gracia tal resignacion, y obediencia entre estos afectos, que quando comulgaba era imponderable lo que temia, y quando el citado Padre Saavedra, y su Sobrino el Rmo. P. Fr. Juan Mexìa, Tercero de Penitencia, Custodio de esta Provincia, y lucido astro de el Cordobès Theatro (su Confessor en esta Ciudad hasta el año de 1740, en que muriò) se la prohibian, le era inexplicable lo que por comulgar ansiaba. *Yo no sè*, decia, *lo què por muchos años sentia quando comulgaba: que entre el consuelo, que me posseia, me parecia á el dar gracias, que comulgaba dos veces.*

Si se huviera de tocar en las gracias gratis datas, que aunque no univocas, son indicios muy urgentes de heroismos, si associan à una virtud solida, no sería esta misiva solo Carta de edificacion. Sobre los que sanaron quando la Sierva de Dios le pedia enfermar por ellos, son inagotables los que refieren, que aplicandoles su Rosario, Medalla, ò la señal de la Cruz, sanaron de dolencias agudas, chronicas, y aun desahuciadas.

Como la buscaban tantos afligidos, litigantes, y mal avenidos con sus suertes, fuè singular en poner à todos en resignacion con la voluntad de Dios, y no menos en prevenir à muchissimos el paradero de sus assumptos: Lo que observado por los interessados, lo publican oy verificado, y le atribuyen espiritu especial de profecìa.

No se sabe si sería penetrar interiores, y hablar (como decia) à el alma tocarle à muchissimos, que se la ocultaban, la raìz, y origen de don-

donde les venia el daño : ni venir de una recreacion honesta uno de sus Confessores, y à el entrar en su casa, bajar acelerada, y decirle bien seria : *Los Ministros de Dios se divierten con Dios* ; ni si lo serìa estar ciertos Religiosos diciendo : que su Sobrino el Custodio pensaba retratarla, y à el mismo tiempo llegar la Hermana à la puerta de la Iglesia de Madre de Dios, donde lo hablaban, y preguntandola como estaba, responder : *Tan buena : no vengo para retratada?*

Catorce años, y veinte y tres dias permaneciò en cama sin levantarse mas, que el breve tiempo de mullirle, y mudar la ropa de quando en quando ; pero con la experiencia, que era dia de mas padecer el en que esto se practicaba. No son decibles los dolores, que en cabeza principalmente, ojos, y lado de el higado sintiò en este tiempo: los sudores continuos, que la ponian en trances de muerte : daba gritos muchas veces clamando : *Que me arrancan la cabeza: que me sacan los ojos, &c.*

En los siete primeros años de su impedimiento se oleò tres ò mas veces, porque pareciò à los Medicos, que espiraba, y sin aplicar el menor remedio, instantaneamente se regulaba, quedando solo en lo habitual.

Año de 1753, dia de Señor San Juan de Dios, de quien era devotissima, le assaltò un dolor pleuritico, que en atencion à su agudeza, à la malignidad conque en aquella estacion se fixaban, y extenuacion de la enferma capitulò mortal Don Vicente Gonzalez, Medico de los mas expertos de esta, y todos veian era assi: pues stertorando yà, oleada, encomendada el alma, &c. solo se seguia espirar. Dia doce, y de San Gregorio Magno, y quinto de su enfermedad, cerca de la media noche, despues de prevenida con Jaculatorias para morir *in osculo Domini*, dame impulso de decirla : *Hermana, me parecia, que no era todavia tiempo de morirse : pidale usted à Dios, que lo disponga para otra ocasion*, respondiòme : *en hora buena.* Pareciòme descansaba, retirème, quedando guardas de vela : duermo, vuelvo por la mañana, hallola sin dolor, libre la respiracion, libre de fiebre, y que alegre me dice : *Padre Rector, como usted me mandò anoche, que no me muriesse, no me he morido.*

Mediò este caso el tiempo, que estubo impedida. Continuaron mas empeñados el dolor de el higado, cabeza, y ojos, y los sudores, que frequentes la exinanìan, à cuya experiencia su antiquada inapetencia à la comida passò à repugnancia, pudiendo decirse en verdad rigorosa, que los ultimos tres años de su vida viviò sin comer : pues no lo es no haver passado bocado entero à el estomago, sino man-

tenerse solo con los hugos de las especies, que mal masticadas, ò volvia à el plato, ò entre animalejos repartia.

Fuè asi descaeciendo tanto, que se le torcieron, y encogieron buscando la barba, rodillas, y muslos, y se le contaban en cara, y manos venas, y arterias. A este complexo de senectud, extremo padecer, y tan escaso alimento muchos años ha correspondia haver muerto: quiso el Señor conservarla impedida otro tanto como havia estado, segun se lo diò à entender su Magestad, è insinuòme en la enfermedad de el año de cinquenta y tres. Estos ultimos meses todos los dias me resaludaba, diciendo: *Esto se apura, cuide usted de mi, que el borriquillo no puede, y dà en tierra.*

Alguna vez havia de cumplir el inviolable Estatuto: A los primeros de Diciembre contraxo una constipacion pectoràl, se graduò la compression, y estrechandose la respiracion le sobrevino un quexido, que le durò incesante quince dias con sus noches, acompañavale respectiva fiebre, y no le faltaba la de el amor divino: pues lo mismo era passar à su corazon alguna voz, que la excitasse à conformarse con su exemplar Christo, que iba à nacer para morir de amor, que prorrumpir en valìdos, clamores, y lagrimas à el Pesebre, y à la Cruz.

A el dia veinte y quatro, y Visperas de Navidad, le administrè el Santo Viatico, con el que corroborada entretubo sus fatigas, y convirtiò en delicias el pervigilio: A el amanecer se empeñò el stertòr: preparòle para la Santa Extrema-Uncion, que le administrè à la tarde, y aunque descansò un tanto mas de la media noche, volviò por la madrugada à encenderse, y fatigarse de nuevo. Fuè por declive aquel extenuadissimo vigor; pero excitandose, y elevandose su espiritu, poniendo à los ojos de su confianza abiertos los Cielos, que viò el Proto-Martyr Estevan, y à su amado Jesus à la diestra de la virtud de Dios, repetia ternissima las Jaculatorias mientras pudo hablar, y à los quatro minutos antes de morir suplìa con anuencias, y con sus labios en los pies clavados de Jesus los sentimientos perseverantes de su corazon. Asi le entregò su alma en buena senectud à la una, y cinquenta y cinco minutos de la tarde, y à el tiempo, que las Campanas siguieron alegres las segundas Visperas, y muerte de el Invicto Proto-Martyr.

Vistiòse con la mortaja, que se reduxo à su pobrissima ropa, y un Abito de Señor San Francisco, que mas ha de doce años era su Cobertor, y le llamaba *su galà*. Colocòse el Cadaver en un quarto baxo de la casa: à el aviso de las Campanas fueron acudiendo gentes,

y

y viendo el Cadaver de un aspecto alegremente serio, à el tacto tepido, y flexible, aunque se havia citado, y aun hecho yà señal para el funeràl à la tarde de el Sabado veinte y siete, se presentan piadosamente sublevados muchos Sugetos distinguidos, representando, que en atencion à que el Cadaver no instaba por su enterramiento, y que en solo un dia, y tan festivo no havia llegado à noticia de la mayor parte de este ~~entierro~~ Pueblo la muerte de una tal Sierva de Dios, parecia competente à gloria suya diferirlo. Se condescendiò, y no en vano: pues sobre las muchas, que yà havian venido, en tropas las personas, y familias de todas distancias, hicieron gustosa jornada toda la noche de el Sabado à vèr, y venerar el Cadaver: Por la mañana la concurrencia passò à ser, si no tumulto, christiano empeño: pues sobre la Plebe contendian Eclesiasticos Sacerdotes, assi Regulares, como Seculares, y Nobles de ambos sexos sobre tocarle Rosarios, besarle sus pies, manos, y cabeza.

Yà havian passado quarenta y quatro horas, quando succesivos dos Medicos tantearon à toda inspeccion sus miembros, y contestaron en que era preter natural su flexibilidad, como su color, y aspecto. Clamò la piedad, que en la preparada, no rota antes, sepultura se formasse bobeda, y se solemnizasse (à su costa) funeràl con Musica. Formòse para la Parroquial de Señor San Andrès, encaminandolo la devocion, no via recta, sino rodeando, y por la Plaza de el Realejo: Fuè descubierta, y separando à los prevenidos Hermanos de el Hospitàl de Jesus Nazareno, era piadosa contienda la de distinguidos, y nobles sobre arrimar el ombro, ò la mano à el atahud: hizose la procesion con raro, pero sossegado desorden; mayor se notò en dicha Iglesia, quando à el entrar se vieron sus tres hermosas espaciosas Naves, y anchuroso Presbyterio ocupados estrechamente de innumerables personas. El respeto, y la cortesìa abrieron brecha para colocar en su lugar el Cadaver, quedandose de guardias personas distinguidas: Alargòse por esto, y se concluyò la Missa à las doce de el Domingo; pero aun no concluida la bobeda (porque à màs de las diez la havia acordado la piedad) la Señora Doña Antonia de Morales y Sousa, Vizcondesa de Miranda, y una de las que se constituyeron por centinela de el Cuerpo, y otras Señoras, y personas distinguidas me llaman, y à voces instan, que no dè el Cuerpo à el sepulcro, no estando acabada la bobeda, sino que le mande colocar en una Sacristia, y entre tanto se llamaràn Pintores, que la copien: A gran costa se removiò: vinieron tres Pintores, que concluyeron à las seis y media de la noche, y cinquenta y dos y media de defunta: co-

lo-

locòse, y cerròse el arco, y dexando para el siguiente Lunes cubrirla de tierra, no parecen los Enterradores en todo èl à ponerlo por obra, y viniendo el Martes de mañana, maltratan de un golpe la tumba de ladrillo, desuerte, que rehundida fuè forzoso fabricarla de nuevo. Con esta ocasion fuè igualmente preciso sacar el atahud de su lugar por el espacio de cerca de una hora, que fuè de quatro à cinco de su tarde, y à màs de cien horas de defunta. Pusose el Cadaver en Sacristìa reservada, y la hallè con el semblante algo distinto, pero nada alterado, y de color de Rosa seca, y sus manos, cuello, y pies (que fuè lo que toquè) con la misma flexibilidad, que el Domingo en la noche.

Lo que se ha oìdo despues de muerta de dichos, y hechos prodigiosos no cabe en lo que el tiempo estrecha. Solo sirva de apunte, que una persona de las mas distinguidas de este Pueblo, inconsolable en una pena, que le amenaza, y que en cinco meses no ha podido hallar en su corazon resignacion en Dios para sufrirla, me busca, y assegura, que yendo à visitar Sabado en la noche el Cadaver, le clamò à su Magestad, que por los meritos de su Sierva le levantasse el golpe, y que de no, le diesse conformidad para tolerarle, y que hecha de rodillas esta suplica, saliò de la visita tan mudada por la diestra de el excelso, que està alegrissima, y estarà sacrificada à su beneplacito.

Este es un rasgo de la vida de la Sierva de Dios, y de sus virtudes, segun las que puede creer nuestra piedad, que estarà cercana, ò à la presencia de Dios, que assi la fecundò para premiarla, y à nuestra vista puso para seguirla. El Señor nos lo conceda, y guarde à V. S. muchos años. Cordoba, y Enero primero de mil setecientos sesenta y uno.

Juan de Carmona Moreno.

Impresso en Cordoba, con las Licencias necessarias, en la Imprenta de la Calle de la Librerìa, por Antonio Serrano, y Diego Rodriguez, Impressores de el Santo Tribunàl de la Inquisicion, de la Dignidad Episcopàl, y de dicha Ciudad.